



Los Viracochas

No eran dioses ni héroes, tan sólo
hombres crueles y codiciosos

EDWARD ROSSET

Una novela histórica basada en la conquista del Perú y las disputas subsiguientes entre los seguidores de Francisco Pizarro y Diego de Almagro.

«Como había sucedido anteriormente en México, los indígenas, con el Inca a la cabeza, tomaron inicialmente a los conquistadores por dioses, y les dieron el nombre de "viracochas", de ahí el título del libro», explica el autor.

»Sin embargo no eran dioses, obviamente, sino hombres crueles y codiciosos.

»Ni siquiera eran héroes y, de hecho, no fue su valor el que salvó aquella jornada, sino su desesperación. Eran, en definitiva, humanos, con todas las consecuencias, y eso es lo que he querido reflejar en la novela.



Estatua de Francisco Pizarro (en la ciudad de Trujillo)

Prólogo

Cuando se escribe una novela histórica, siempre se corre el peligro de inclinarse por uno de los bandos y favorecer sus acciones. Y esto ocurre mucho más cuando la versión oficial de los conquistadores españoles ha sido siempre complaciente con los protagonistas presentándolos de una forma un tanto irreal.

En *LOS VIRACOCHAS*, el autor nos presenta, en cambio, unos personajes completamente humanos con sus virtudes y sus defectos. En el libro no vemos tanto al conquistador prototipo, sino a los hombres que empujados por su ambición y codicia emprendieron un camino que no tenía marcha atrás. No podían saber, cuando lo iniciaron, lo que supondría para ellos el internarse en aquellas montañas, rodeados de enemigos decididos a no dejarlos pasar.

Y no fue precisamente su valor lo que salvó la jornada, sino su desesperación. Una vez tomada una decisión a ciegas no tenían más remedio que seguir adelante o morir en el empeño.

Por otro lado, los españoles tuvieron la inmensa suerte de encontrar al país en plena guerra civil y con un Inca vacilante y dubitativo que los tomó por dioses, tal como había ocurrido diez años antes en Méjico.

En este libro vemos que se enfrentan dos mundos diferentes; dos culturas que nada tenían en común chocan frontalmente; dos ramas de la humanidad que habían estado separadas durante milenios volvían a unirse para lo bueno y para lo malo.

Y como en toda unión, hubo ajustes que resultaron en injusticias con los vencidos. Los ganadores, esclavizaron a los que habían resultado derrotados, tal como éstos lo habían hecho, anteriormente, con las etnias a las que habían sometido.

Hechos crueles e inhumanos proliferaron por los dos bandos, mostrando la parte más oscura del ser humano. Sin embargo, también hubo, como no podía ser menos, actos heroicos y sacrificios personales que pusieron algo de color en la oscura empresa de la conquista.

EL EDITOR

Capítulo I

Ejecución de Balboa

La quietud de la madrugada en la ciudad de Nombre de Dios se vio rota súbitamente por un redoble de tambores. Los pájaros, que apenas habían comenzado a trinar, callaron asustados mientras el astro solar, indiferente al ruido y al drama que se anunciaba, ya había comenzado a asomarse tímidamente por el horizonte. El disco de fuego anunciaba un día tan caluroso como los anteriores y, probablemente, igual de bochornoso que los que seguirían a aquel fatídico 21 de agosto de 1517.

A pesar de lo temprano del día ya se habían agolpado los curiosos alrededor del cadalso en la plaza de la capital de la Tierra Firme de las Indias, pues no todos los días se podía presenciar un ajusticiamiento, y mucho menos, uno como aquél.

Cien soldados estaban en posición de firmes en dos columnas, sosteniendo los de la segunda fila unas largas picas, mientras que los de adelante aguantaban el arcabuz en su mano derecha y la horquilla en la izquierda.

A un lado del cadalso, una docena de soldados con rostro imperturbable batían sus tambores en un continuo redoble que anunciaba la inminente llegada del reo.

Al mando de la tropa se encontraba un hombre de unos cuarenta años. Por debajo del yelmo y celada se entreveía el rostro cetrino y seco de los extremeños. Tenía la barba negra y poblada, enmarcando unos labios delgados y firmes; sus ojos poseían el mirar profundo de los hombres

acostumbrados a mandar. Portaba una brillante armadura de cuyo lado izquierdo colgaba una larga espada de fino acero toledano.

Aunque los ojos del capitán estaban fijos en el cadalso, su mente se encontraba lejos...

—... *Capitán Balboa. Gran agua otro lado montaña.*

El indio que así hablaba señalaba la cima del alto monte que se levantaba en su camino.

Vasco Núñez de Balboa se secó el sudor que perlaba su frente y con los ojos brillando por la excitación se volvió hacia sus compañeros de expedición.

—Os lo dije. ¡El mar! ¡El mar del Sur! Lo tenemos a nuestro alcance. Sabía que lo conseguiríamos.

Francisco Pizarro le animó.

—Magnífico, capitán. ¡Subamos a verlo!

Pero Balboa levantó una mano.

—Un momento —dijo—. Éste es un momento glorioso, casi comparable al que vivió Colón cuando divisó tierra por primera vez. Os quiero pedir un favor. Dejadme subir solo al monte y ser el primero en divisar el mar que baña a China y a Cipango.

—Sea, capitán —concedió Pizarro—. Vos seréis el primero en ver lo que tanto habéis estado ansiando, ¡los mares del Sur!

Una hora más tarde, un fatigado, pero emocionado Balboa, contemplaba fascinado una inacabable superficie plateada que se extendía hasta más allá del horizonte.

El descubridor español cayó de rodillas levantando los brazos al cielo.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!

Por buenas daba ya Vasco Núñez de Balboa las penalidades y sufrimientos que habían tenido que soportar él y sus veinte compañeros que le acompañaban en la expedición. Atrás quedaban los territorios infestados de alimañas,

las ciénagas y los pantanos. Aunque no habían encontrado oro, habían descubierto una cosa mucho más valiosa: el conocimiento de que la Tierra Firme en la que estaban asentados era, en realidad, un enorme continente de unas dimensiones impresionantes, y que el trozo de tierra que acababan de cruzar entre los dos océanos era, seguramente, la parte más estrecha de aquel continente.

—¡Los mares del Sur! —exclamó extasiado cuando sus compañeros se unieron a él—. ¡Lo hemos conseguido!

—¡Así que los indios tenían razón! —comentó el sevillano Pablo Gonzalo.

—Esperemos que también lo tengan cuando hablan acerca de ese famoso *reino* donde abunda tanto el oro y las casas son de piedra —dijo Pizarro con ojos soñadores.

—Pero dicen que está situado muy lejos —dijo Balboa.

—Por muy lejos que esté, llegaremos a él y lo conquistaremos —aseguró Pizarro.

Cuando llegaron al mar el escribano real levantó acta del acontecimiento inscribiendo el nombre de todos los presentes en el documento. Francisco Pizarro, con mano torpe, hizo una cruz en segundo lugar.

La noticia de aquel hallazgo iba a romper con todo lo que hasta entonces se creía que eran las tierras de las Indias. Las consecuencias administrativas, políticas, geográficas y económicas serían de una importancia incalculable.

Era el 25 de noviembre de 1513.

Francisco Pizarro volvió al presente y sus ojos se enfocaron en el hacha del verdugo.

Mientras Francisco Pizarro contemplaba el cadalso con ojos empañados por las lágrimas, no pudo menos de recordar cómo el Rey le había dado a Balboa el título de Adelantado de la Mar del Sur.

Al tiempo que el Rey concedía tal honor a Vasco Núñez de Balboa, había nombrado Gobernador de la Tierra Firme

a Pedro Arias de Ávila, más conocido como Pedrerías Dávila, un hombre de toda su confianza, y que, a la larga, sería el gran enemigo mortal de Balboa.

La Corona española había comprendido que aquellas tierras, aparentemente improductivas, tenían su importancia, ya que los que iban a ellas regresaban a la corte demandando más poder, más atribuciones y territorios mayores en las concesiones de adelantamientos y gobiernos. Todo ello pese a las noticias de lo duro del clima y las dificultades que ponían los indios con sus flechas envenenadas con *curare*.

El rey Fernando había nombrado gobernador de Santo Domingo a Diego Colón, el hijo mayor del Almirante —ya muerto—, y ahora enviaba a Pedrerías a Tierra Firme.

La Corona sólo capitulaba con los que se comprometían —de su propio bolsillo— a realizar descubrimientos y dominar territorios. En la metrópoli se designaban los gobernadores en la Casa de Contratación que funcionaba desde 1504.

Pedrerías se hizo acompañar de su esposa y una corte de caballeros y funcionarios. Era evidente que el nuevo gobernador sufrió un desencanto cuando vio los pobres medios con que se contaba en su nueva gobernación.

Aunque las funciones y atribuciones de Balboa eran seguir explorando y la del Gobernador organizar la administración del territorio, el choque entre los dos hombres de recia personalidad era inevitable. Pues, si Balboa preparaba gentes para explorar, Pedrerías se excedía en sus atribuciones y también organizaba expediciones en las que a menudo figuraba Pizarro.

Las salidas más importantes habían sido: la de Gaspar de Morales, en busca de Atarerequí, que descubrió el archipiélago de las Perlas; la de Juan Tabira, en busca de otro reino mítico, el Dorado, navegando por el río Grande. Una crecida de éste causó la muerte del jefe y Pizarro se hizo cargo del mando de la expedición, regresando al punto de

partida sanos y salvos; la de Luis Carrillo, que volvió con un buen botín de oro y la del licenciado Espinosa a Comogre y Pocosora, siendo Pizarro el encargado de explorar por la costa, en tierra, y Espinosa por mar.

La fama de Francisco Pizarro se había ido consolidando poco a poco, tanto así que Pedrarias le nombró Capitán de su guardia en 1516, al tiempo que le encomendaba un trabajo un tanto desagradable.

—Tengo una misión sumamente delicada para vos, capitán Pizarro.

El nuevo capitán de la guardia se cuadró en su brillante armadura.

—Estoy a vuestro servicio, señor Gobernador.

El Gobernador se arrellanó en su alto sillón de cuero que había traído con él desde España.

—No estoy muy seguro si podréis llevar a cabo esta misión —dijo tentativamente.

Pizarro apretó los labios hasta formar una línea fina y su mirada se endureció.

—Podéis encargarme cualquier misión, por difícil que sea, señor. Sabéis muy bien que no os fallaré.

—¡Quiero que traigáis encadenado a Vasco Núñez de Balboa!

Si una lombarda hubiera estallado a sus pies no habría hecho un impacto mayor en el rostro del extremeño.

—¡Vasco Núñez de Balboa! —exclamó atónito.

—El mismo —dijo el gobernador tratando de ignorar la expresión de la cara de Pizarro—. Sé que estuvisteis juntos en Santa María de la Antigua y le tenéis gran aprecio.

Francisco Pizarro asintió, recordando los meses de luchas rodeados por indios hostiles mientras Ojeda iba a La Española a por refuerzos. La famélica tropa asediada había quedado a su cargo, pero poco podían saber entonces los setenta hombres que quedaban en el fortín que Ojeda no volvería.

Dos meses más tarde, Pizarro había decidido salir en dos bergantines hacia La Española, pero el mar tampoco se mostró clemente con los españoles. Uno de los barcos se hundió, ahogándose la mitad de los expedicionarios. Al día siguiente, sin embargo, los treinta y cinco hombres que iban con Pizarro avistaron dos barcos que venían en su ayuda al mando del bachiller Enciso, socio de Ojeda. En estos barcos venía un polizón llamado Vasco Núñez de Balboa, que, curiosamente, se había escapado de sus deudores escondido en un barril.

Se dirigieron todos a tierra firme y fundaron una ciudad a la que pomposamente denominaron *villa* de la Guardia. Consistía en un poblado de chozas que esperaban convertir algún día en casas de piedra. Levantaron una empalizada alrededor y se dispusieron a explorar el terreno. Cuando la mayor parte de los españoles se hallaba ausente, atacaron los indios destruyendo lo recién construido.

Los castellanos hicieron juramento que no se marcharían de allí otra vez y se encomendaron a la Virgen. Rechazados, por fin, los indios, cambiaron el nombre de la villa por el de Santa María de la Antigua.

Vasco Núñez de Balboa se había hecho con el mando, nombrando a Pizarro su capitán.

Como si despertara de un sueño, Francisco Pizarro se quedó mirando al Gobernador Pedrerías con ojos de incredulidad.

—¡Queréis que prenda a Vasco Núñez de Balboa!

—Exacto.

—Pero, ¿no habíais llegado a un compromiso matrimonial entre vuestra hija y Balboa?

—Sí —asintió Pedradas Dávila—. Pero me he enterado que los preparativos de Balboa en Acla con el pretexto de explorar, son, en realidad, una conspiración para derrocar-me.

—¿Y queréis que lo traiga preso?

—Quiero que lo traigáis encadenado. Lo juzgaremos en Nombre de Dios.

Pizarro se mordió el labio inferior casi hasta hacerse sangre y, por fin, asintió lentamente.

—Os lo traeré.

Pedradas Dávila asintió satisfecho.

—¡A propósito! —dijo—. Acabo de firmar vuestro nombramiento como Teniente de Gobernador.

Los ojos de Pizarro se tropezaron con el hombre que iba conducido en una carreta hacia el cadalso. Cargado de cadenas, mantenía la cabeza erguida y la mirada desafiante. Durante unos segundos los dos hombres se comprendieron sin palabras. Éstas ya habían sido dichas la noche anterior.

—Siento haber sido yo quien os haya puesto en semejante situación —había dicho Pizarro.

Balboa, encadenado a la pared asintió.

—No os culpo, capitán Pizarro. Sois, ante todo, un soldado, y todo soldado debe cumplir con su deber.

—A veces el deber es muy doloroso.

—Tenéis razón, capitán. A veces lo es, y mucho.

—Si puedo hacer algo por vos...

—Quizá podáis hacer que estas cartas lleguen a su destino. Entre ellas hay una para el Rey.

Pizarro recogió el manojito de manuscritos y asintió.

—Os prometo que haré lo posible por cumplir con vuestros deseos. ¡Si aquella carta pudiera llegar a manos del rey instantáneamente...!

La muchedumbre guardó un silencio respetuoso al paso del hombre que había sido el primero en posar sus ojos en el gran océano del Sur; el hombre que había sido nombrado Adelantado de todas las tierras e islas que se descubrie-

ran en aquellos mares. Por ningún lado se oían los insultos e improperios que la gente lanzaba habitualmente contra los condenados a muerte.

Los habitantes de Nombre de Dios, cada vez en mayor número, se apiñaban en silencio, para ver de cerca al hombre que, según decían sus acusadores, se había atrevido a confabularse contra el Gobernador; el hombre cuya cabeza iba a rodar, muy pronto, por los suelos.

El verdugo, un hombre encapuchado con un enorme torso desnudo, se apoyaba sobre un hacha de grandes proporciones en espera de la llegada del reo.

La comitiva avanzó lentamente por la plaza. Abrían el paso seis alabarderos seguidos del clérigo que leía el *Misserere mei* de un misal. Inmediatamente detrás, rodaba la carreta tirada por un mulo en la que el reo estaba encadenado y guardado por dos soldados. Cerraba la comitiva otra media docena de alabarderos.

Cuando la carreta llegó a la altura del patíbulo se detuvo y los soldados ayudaron al condenado a descender. Tuviron dificultades, pues la turba se agolpaba sobre ellos. Todos parecían tener el morboso propósito de tocar al reo, lo que, según la superstición, traía suerte.

Vasco Núñez de Balboa subió lentamente los escalones de la plataforma sin ayuda alguna, rechazando, una vez arriba, la venda que le ofrecía el verdugo.

—No la necesito, gracias —dijo.

El padre franciscano se acercó a él.

—Arrodíllate, hijo mío, para que te dé la absolución por última vez.

Balboa se hincó de rodillas al tiempo que el fraile hacía la señal de la cruz sobre su cabeza y pronunciaba las palabras rituales.

—*Ego absolvo peccatis tuis in nomine Patri et Filii et Spiritui Sancti.*

El redoble de tambores se hizo más intenso y rápido.

Vasco Núñez de Balboa, en pie, paseó una mirada indiferente por la muchedumbre y por los soldados que le rodeaban, como si la ejecución no fuera con él; posó los ojos durante un segundo en Francisco Pizarro y, a continuación, se arrodilló de nuevo, esta vez apoyando la cabeza en el tronco.

El verdugo miró al jefe de la guardia.

Pizarro asintió lentamente.

Dos años más tarde, en 1519, Pedrarias Dávila tomó una decisión trascendental que provocó grandes quejas entre los habitantes de la ciudad de Nombre de Dios, pero que sería de importantes consecuencias para el futuro de la acción de España en las Indias; fundó la ciudad de Panamá en la costa del mar recién descubierto. Entre los fundadores se encontraba Francisco Pizarro, que fue nombrado Regidor de la ciudad.

Nadie sabía, a ciencia cierta, por qué se eligió aquel lugar para levantar la ciudad, como no fuera por la facilidad de pescar *la chucha*, una especie de almeja muy alimenticia...

Edificada de levante a poniente, nada más salía el sol era imposible andar por las calles, donde no se producía sombra, y hacía tanto calor que, si uno tenía que hacer un esfuerzo físico durante las horas del día, lo más probable es que enfermara.

En tales condiciones, no era de extrañar que pro hombres como Pizarro simplemente se limitaran a vegetar, viendo cómo aumentaban sus haciendas gracias al trabajo de los indios, sin inquietarse demasiado por las noticias que llegaban de las expediciones enviadas a explorar otros territorios.

La vida del extremeño transcurrió plácidamente los siguientes cinco años, en los que llegó a gozar de plena confianza del Gobernador, siendo nombrado alcalde de la ciu-

dad. Durante este tiempo trabó amistad con Hernando de Luque y el juez Espinosa —el mismo que había condenado a Balboa—, personajes ambos, que habían amasado una considerable fortuna en la nueva ciudad, gracias al repartimiento de los indios.

Las cenas y banquetes que daban, tanto el Gobernador en su mansión, como los demás hacendados, en las que se reunían hombres y damas de alcurnia, españoles, se prolongaban en inacabables tertulias hasta la madrugada casi todos los días. En ellas, los temas de conversación se derivaban siempre sobre los mismos derroteros.

—Habría que montar una gran expedición hacia el sur —dijo Hernando de Luque—. Ahí es donde está el oro.

El Juez Espinosa se llevó a los labios el rollo de hojas de tabaco que acababa de encender, aspiró con deleite y exhaló una bocanada de humo hacia el techo.

—¿Para buscar ese famoso *reino de casas de piedra* del que todos los indios hablan, pero que nadie sabe dónde está? —dijo—. ¿No será todo una fábula inventada por los indios?

Pizarro tomó un sorbo de vino de su fina copa de cristal.

—¿Por qué va a serlo? ¿No tenemos el ejemplo de Hernán Cortés y Tenochtitlán? ¿No acaba de conquistar él un reino tan grande como media Europa con unas riquezas increíbles? ¿Por qué no puede haber otro reino parecido más al sur?

Hernando de Luque asintió.

—Y, por otro lado, está la gran noticia del día.

—¿Os referís al descubrimiento del paso de Magallanes? —dijo Pizarro.

—¿A cuál si no? —asintió Luque—. ¿Sabéis lo que eso significa?

—Eso significa —dijo Espinosa—, que la Tierra Firme en la que estamos situados es un inmenso continente de unas dimensiones increíbles. El tamaño de nuestro planeta es